

De ese circo aplaudiste sus victorias,
Ora, triste, resuenas:
«Yace Itálica: aquí yacen sus glorias.»
¡Padre Bétis! De fieras es guarida
La patria de los dioses soberana,
Por todo el orbe inmenso esclarecida.
Cuando tú, á la romana
Púrpura, en alta quilla,
Siguiéndole el gran pueblo, al César viste
Partir desde tu orilla,
¡Cuán vano el ancho seno entumeciste!
¡Tristes memorias, pálidas señales,
Que el tiempo adrede nos dejó, celoso
De tu poder! ¡A dó tus penetrales,
Trajano glorioso,
Fueron, dó el Capitolio,
Dó las carrozas y el clamor lozano,
Que lleva al sacro solio
Por luenga calle al cónsul soberano?
Ya todo se rindió, todo, al destino
Mortal: en vano sombras mil, cuidosas
Aun de renombre eterno, al peregrino
Las huellas cautelosas
Tuercen; que la vil suerte
Este postrer honor les niega avara,
Y escura niebla vierden
En los rostros que un tiempo en luz bañára.
No ya retumban por el vago muro,
De inmenso pueblo gritos fervorosos,
Al mirar estrecharse al pecho duro
Los atletas briosos;
Tan sólo el eco suave
De la flauta, que llora en las vecinas
Selvas el caso grave,
De Itálica resuena en las ruinas.
O si Diana cubre la llanura
De verdes lumbres, ya el luciente giro,
Terminando del bosque en la espesura,
El profundo supiro
Del pastor, que la aurora,
El pecho de mil sombras asaltado,
En su recinto implora,
Do aprisó incauto de la noche instado.
Sombras que en medio de las ruinas crecen
De Itálica, y tristísimos lamentos,
Cual de ejércitos, se oyen, que perecen,
Y relinchar violentos
Y correr los caballos,
Y del fuego que abrasa un eminente
Alcázar, los estallos.
Tal es la fama en la vecina gente.
¡Oh ley en lo mortal nunca violada!
Tirsi, tú, que al vivir eternamente
Aspiras, en virtud de alto alcanzada
Orlar debes tu frente;
Que alma virtud tan sola
De lo caduco, y grave y corrompido
Al varon acrisola,
Y lo hace claro y libre del olvido.
Así del gran Fernando la memoria
Del tiempo superó la inmensa cumbre,
Del hispalense muro la victoria
Lo baña en clara lumbre;
Y ensalza á Hermenegildo
El mismo alcázar que lo vió postrado,
Y el lauro á Leovigildo
De eterna infamia es y sombra orlado.

III.

Á LA INMACULADA CONCEPCION
DE NUESTRA SEÑORA.

Dios, Dios, mortales: el sagrado acento
Oíd, Dios..... todo el orbe inmenso clama.
Aun el astro luciente
No ilustra los palacios del Oriente,
Y ya la alma natura
En montes, prados, esplendor derrama,
No sé qué sentimiento
El céfiro dulcísimo murmura;

Al alto Olimpo nueva luz decora,
Las aves, engañadas, sus loores
Tributan á la aurora,
Y desplegan sus hojas ya las flores.
Del alcázar celeste el ancho velo
Se rasga: ¡ dulce encanto! El eminente
Solio del Sér inmenso
Descubro; la mansion que con intenso
Y eterno esplendor brilla,
Y los genios felices que al Potente.....
Mas ¡quién con rauda vuelo
Se remonta de Dios á la alta silla?
En torno ya la bóveda estrellada
Resuena con suavísimas canciones:
«Es de Dios la hija amada,
Es la que rompe al hombre las prisiones.»
Sobre el pecho divino reclinada,
En castísimo amor toda encendida,
Liba la Virgen pura
Del sacro Padre la inmortal dulzura;
Mientras que en gozo santo
Bañado el Dios piadoso, á su elegida
Abraza, y la morada
Celestial le tributa dulce canto.
Los montes y los cedros se inclinaron;
El aire emudeció, y en él pendientes
Las aves escucharon:
Oíd, Dios habla, venturosas gentes:
«Desciende ya, desciende al triste suelo,
Hija dilecta, celestial criatura,
De la ropa luciente,
Despojo de tu madre inobediente,
Vístete, y sus albores
Aumenten de tu rostro la luz pura.
Antes que el alto cielo,
Antes que el sol con almos resplandores,
Los orbes ilustrase, ya mi aliento
Tu preeminente sér habia creado;
El vasto firmamento
Contigo por mi mano fué formado.
» Triunfa, feliz ¡oh! triunfa, y la victoria
Aplaudirán los coros celestiales.
No temas; sin recelo
Pisa la sierpe y burla su desvelo.
Impenetrable arcano
A su astucia, las puertas eternas
Abranse de mi gloria,
Y el asiento brillante el hombre ufano
Ocupe. Si, tu Dios ¡oh mi elegida!
Descenderá á tu templo no violado,
Y nuevo sér y vida
Recibirá el linaje desgraciado.»
Cual de Oceano las aguas cristalinas
A la vista de Febo resplandecen,
Cuando en carro luciente
Gallardo asoma por el ancho Oriente,
O cual la nube pura,
A quien sus almos rayos enriquecen
Con luces peregrinas;
Así la Virgen en la inmensa altura
Brilla, á la vista del Criador amante,
¡Oh dicha! ¡Eterna dicha! Ya descende
Del trono rutilante,
Y el claro espacio presurosa hiende.
Sobre purpúreas nubes reclinada
Y de triunfantes huestes asistida,
Mil iris la ancha esfera
Con su fulgor divino reverbera;
Ya, ya toca la tierra.
¡Ay! mas ¡qué horror! la puerta ennegrecida
De la infernal morada
Rechina, y al mortal tímido aterra:
Retumba el hondo Averno en mil clamores,
Y entre el vapor y el humo corrompido
Que arrojan sus ardores,
Aparece el dragon enfurecido.
Eriza las escamas fulminantes;
Brama y bate sus dientes aguzados;
Sus ojos bermejean,
Y los negros venenos azulean
En la inñada garganta:
Embiste; pero ¡ah! sus piés turbados

Se tuercen vacilantes:
Tiembla, se esfuerza y lánguida levanta
La cerviz, ¡vano aliento! Desmayada
La rinde al fuerte pié que ya le oprime.
Triunfa, ¡oh Inmaculada!
Canta la tierra, y el Averno gime.

IV.

Las bellezas poéticas del cristianismo sobre las de la gentilidad.

Tú, ¡santa religion! tú el pecho inflama,
El pecho do mentida
Divinidad sopló profana llama.
¡Oh lira! más subida
Suena, y la alta pujanza
Del brazo omnipotente, bien la Esencia
Que dió sér al Olimpo, y en balanza
Lo libra, ó la presencia
Velada de querubens encontrados,
Canta, mi lira, en sonos acordados.
Aun lanza so la altísima montaña
El oprimido aliento
Encelado, y de Júpiter la hazaña
Brilla, y el vencimiento;
Mas la inmortal victoria
Que eterno oprime al querubin impio,
¿No inflama nuestro pecho? ¿Quién la gloria
Iguala y poderío
Del que vibrando el rayo foribundo
Etéreas huestes desplomó al profundo?
Cual resplandecen en su lumbre pura
Los atrios de la aurora,
Brillaba así la angelical natura.
La falange traidora
De Luzbel dijo: «El velo
Yo rasgaré de Dios; la silla mia
A par suyo pondré.....» Mas cantó el cielo:
«Suma Soberanía,
¿Quién como tú? Luzbel, astro luciente,
¿Quién te apagó?» — «La mano omnipotente.»
Tú tambien, Sinai, di cuál glorioso
En tu empinada cumbre
Dicta la santa ley; cuál espantoso
Tu inmensa pesadumbre

Tiembla, sobrecargada
Del poderoso Dios; cuál llama pura
Vomita, y humo horrendo, la abrasada
Falda, y en la espesura
La roja luz del rayo reverbera,
Retumba el trueno y brama la ancha esfera.
¡Y quién mira del mar los senos fieros
Tornar en remolino
Lanzas, caballos, petos, caballeros;
O el golfo cristalino
Pendiente cual montaña,
Que ancha fué por el medio dividida,
Y al pueblo que huye de la egipcia saña,
Brindarle con la huida,
Que el brazo no bendiga poderoso,
Y de Jove se olvide mentiroso?
¡Ah! sienta de tu lanza, sienta el brío,
El brío desolante,
El pecho del primer mortal, que impio
De tu brazo triunfante
La gloria entre enemigos
Dioses oscureció, y la alma Esencia,
Sacriligo, divide. ¡Ay qué castigos
Le tiene tu potencia!
No el peñasco en la cumbre siempre inestable,
Ni el corazón le crece devorable.
Brama, sí, sumergido en negro fuego,
Y furioso rechina
Los dientes, y retuerce sin sosiego;
Y acá y allá reclina
El cuerpo encadenado:
Do quiera espectro horrible, y sombra y llamas:
Sobre tu solio eterno ¡oh Dios! sentado,
En tanto le derramas
En su pecho enconado los furoros,
Muerde tu lanza y jura mil rencores.
¡El malvado! ¡Y qué más pudo el impio?
Los más torpes mortales
Levantó sobre el ara el mármol frio,
Honores celestiales
Recibió allí el humano,
El noble racional al bruto indigno
Inclinó humilde el rostro soberano;
Y el sacrificio digno
Era su propia sangre, el tierno infante
De Moloc en los brazos humeante.

EL ABATE DON JOSÉ MARCHENA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

I.

DEL SEÑOR DON GASPAR BONO SERRANO.

El abate MARCHENA, por haber sido incrédulo, no pertenece al reducido número de nuestros poetas de primer orden, entre los que no le hubiera sido difícil conquistarse un puesto no menos apetecido que honroso. De todos modos son muy dignas de ser leídas algunas de sus obras literarias. Publicadas éstas en el extranjero, donde vivió el autor la mayor parte de su vida, no han circulado entre nosotros, como las de otros ingenios, amigos y contemporáneos suyos, que dieron á luz sus composiciones en España.

Don JOSÉ MARCHENA nació en Utrera, provincia de Sevilla, el 18 de Noviembre de 1768. Era hijo de don Antonio y doña Josefa María Ruiz y Cueto, que le dieron una educación muy cristiana, destinándole al estado eclesiástico, por lo que recibió en su adolescencia la tonsura y órdenes menores. Según informes que he recibido últimamente de un primo suyo, anciano octo-

geñario y respetable, que lo trató muy de cerca, no quiso aprender más que gramática latina en sus primeros años, habiéndose resistido obstinadamente á comenzar la filosofía, y sobre todo á dedicarse á los estudios eclesiásticos, como deseaba su familia. En cambio se ocupaba con el mayor ardor en aprender la lengua y literatura francesas. Algunas de las obras que publicó posteriormente manifiestan su aprovechamiento en uno y otro idioma.

No es cierto que se ordenara de diácono, como propalaron muchos años despues en són de burla algunos de sus émulos. Además de que no hay de esto la menor noticia en su pueblo natal, donde viven todavía algunos viejos que le conocieron personalmente, mi apreciable amigo el señor don Fernando de Olmedo y López, canónigo de la catedral de Sevilla, ha examinado detenidamente por encargo mio los libros de órdenes de aquel arzobispado, y de sus diligencias resulta que jamas pasó de grados menores.

Imbuído MARCHENA en las ideas volterianas, comenzó á manifestar opiniones tan osadas como irreligiosas, que no podían ni debían tolerarse en la católica España. Encausado por la Inquisición y próximo á ser encarcelado, se refugió en Gibraltar, y desde allí se trasladó á Francia, donde acababa de estallar la revolucion. No tardaron en darle á conocer en París su actividad y talento, y sobre todo su facilidad verdaderamente asombrosa en hablar y escribir el idioma del país y otras lenguas, como dice Michaud.

Marat fué el primero que le buscó y ofreció su amistad, franqueándole las columnas de su periódico, *El Amigo del Pueblo*, de cuya redaccion tuvo el español la cordura de separarse muy pronto, horrorizado de las ideas de sangre y exterminio que vertía sin cesar aquel cínico y furioso tribuno. A fin de escudarse contra el resentimiento y venganza de Marat con la proteccion de Brissot, procuró afiliarse en el partido de la Gironda, sufriendo con admirable estoicismo las vicisitudes y horribles padecimientos que le ocasionó aquella adhesión. Precisado á huir precipitadamente de la capital, se dirigió al mediodía de la Francia; mas habiéndole detenido en el camino, lo condujeron á París con el representante Duchâtel y el marsellés Riouffe, autor de las *Memorias de un arrestado* (1), en las que dice, hablando de MARCHENA: *Yo no he visto jamas un alma más enérgica ni más ardiente.*

Bien lo demostró poco despues, insultando desde un calabozo de la Conserjería á Robespierre, á cuya voz rodaban entónces en la guillotina las más poderosas cabezas. Degollados por su orden Danton, Desmoulins, Lacroix y otros, fué perdonado MARCHENA, lo que no era de esperar. Mas, en lugar de dar las gracias, como hubieran hecho otros, al opresor y verdugo de la Francia por su inusitada clemencia, osó desafiar su terrible poder y ferocidad, escribiéndole desde su prision las siguientes palabras en una cuartilla de papel: *Tirano, tú me has olvidado*; y al inmediato dia otro billete concebido en estos términos: *¡O mátame, ó dame de comer, tirano!* Tanta firmeza de alma no pudo ménos de hacer profunda impresion en el ánimo de Robespierre, quien no solamente perdonó tamaña audacia, sino que quiso utilizar aquel indomable carácter para llevar á cabo sus sanguinarios proyectos. MARCHENA, empero, rechazó con indignacion las muestras de proteccion y benevolencia con que quiso halagarle aquel hombre desalmado.

Al fin fué vencido y ajusticiado este monstruo, á cuya caída contribuyó no poco con su travesura y talento la famosa española Teresa Cabarrús, tan conocida despues con el título de princesa de Chimay. La Francia respiró, y MARCHENA recobró su libertad, como tantas otras victimas que gemían en las cárceles, esperando hallar en el cadalso el término de sus padecimientos. Entónces fué nombrado de la *Comision de Salud Pública*, y comenzó á escribir en *El Amigo de las leyes*, periódico que dirigia Poulitier. La persecucion le vino entónces de parte de sus mismos coreligionarios, que á voz en grito le acusaban de *retrogrado*. No era MARCHENA muy capaz de perdonar á sus contrarios, que lograron por fin destituirle de su destino. De aquí es que por vengarse lanzó contra los jefes del partido dominante, Tallien, Legendre y Fréron una granizada de folletos, que rebosaban la hiel y el veneno de su ira y de su indignacion. Estos apasionados escritos, al paso que causaban mucho daño á sus adversarios, produjeron á su autor no escasas amarguras y sinsabores. En esta época fué cuando, hallándole en la calle un amigo suyo, y vién-

(1) Este curioso libro del Baron Riouffe, Giron-dino, nacido, no en Marsella, como aquí se indica, sino en Roma (1764), es uno de los que dan más clara idea de los horribles excesos de la Revolucion

francesa. Su título es el siguiente: *Mémoires d'un détenu, pour servir à l'histoire de la tyrannie de Robespierre.* (Nota del Colector.)

dole armado de un sable más grande que él mismo, dijole con burlona sonrisa: MARCHENA, ¿dónde vas, pegado á ese descomunado chafarote? Este chiste produjo algunos epigramas, con que uno de sus émulos (hombre de talento y buen humor) trató de ridiculizar su pequeña estatura y deformidad repugnante; porque MARCHENA no solamente era feamente feo, sino que más que figura humana parecía un sátiro de las selvas, como ha dicho uno de sus biógrafos.

En 1797 aparece atacando encarnizadamente al Directorio, el cual, aplicándole la ley sobre los extranjeros, le mandó salir del territorio de la república. Mas al ser conducido por la fuerza armada hácia la frontera de Suiza, recibió gracia del *Consejo de los Quinientos*, al que habia apelado, y se le confirmaron, como deseaba, los derechos de ciudadano frances, que venia disfrutando hacia cinco años. Esta prerogativa le valió el nombramiento de Secretario, con que le agració el general Moreau cuando en 1801 se le confió el mando del ejército del Rhin.

Parece increíble que en medio de una vida tan agitada y llena de peligros, tuviera MARCHENA humor y tiempo para cultivar las letras; y sin embargo, no hay cosa más cierta. Por entónces escribió una obrilla, que, aunque de muy breves dimensiones, llamó la atencion de los doctos, dando con ello su autor una prueba más de su buen gusto, de su ingenio y travesura. Publicó una cancion francesa bastante libre, cuya lectura excitó la indignacion del austero Moreau, que reprendió con militar aspereza al impúdico vate. Éste, por disculparse, aseguró á su jefe que aquellos versos no eran más que una version literal de otros inéditos de Petronio. Efectivamente, á los dos dias presentó al general un fragmento latino, que decia haber copiado de un manuscrito antiquísimo de la biblioteca de Sant-Gall.

No dejaba de ser verosímil aquella invencion á causa de las numerosas lagunas que ofrece el *Satyricon* de Petronio. MARCHENA habia llenado una de ellas con tal artificio y destreza, que su adición parecia necesaria para la inteligencia y complemento del texto. Publicado el pretendido fragmento, se hizo una formal averiguacion, y algunos literatos lo tuvieron por original de Petronio, y su autenticidad fué reconocida y anunciada en los periódicos por uno de los más distinguidos críticos de Alemania. Alentado MARCHENA con el feliz éxito de su ingeniosa superchería, quiso repetirla; pero no pudo conseguir el segundo lauro á que aspiraba. Fingió que habia descubierto en un papiro del Herculano cuarenta versos inéditos del delicado y tierno Catulo. Pero Eichstaedt, eminente profesor de Jena, hizo patente la falsificacion. Más feliz fué en esta parte algunos años despues el poeta italiano Leopardi, cuyo himno original á Neptuno pasó entre los más eruditos y perspicaces por traduccion de un manuscrito griego recién descubierto. De todos modos, el humanista español se acreditó en toda Europa de un gran latinista.

Otra prueba dió poco despues de su talento, y sobre todo de su capacidad para aprender los más difíciles idiomas. Moreau pidió á su secretario la estadística de una parte no muy conocida de Alemania. No sabia entónces MARCHENA el aleman. Pero comenzando á estudiarlo inmediatamente con ardor y constancia, pudo muy pronto leer las mejores obras escritas en aquel idioma que trataban de la materia. El informe que dió fué tan cumplido, que mereció los más entusiastas elogios. Cuando Moreau cayó en desgracia, volvió á París, y MARCHENA tuvo la hidalguía de acompañarle en la adversidad, como le habia acompañado en los dias de su prosperidad y de su gloria.

Tan noble comportamiento influyó en la colocacion de MARCHENA en 1808, en el que volvió á España como secretario de Murat. Pero no bien llegó aquél á Madrid, fué encerrado en un calabozo de la Inquisición. El príncipe frances intercedió en su favor con don Ramon José de Arce, Inquisidor general y Arzobispo de Zaragoza, aunque inútilmente, porque el prelado se negó con firmeza á dar libertad al preso. Entónces Murat envió una compañía de granaderos, que sacó á su secretario de las prisiones del Santo Oficio. MARCHENA, en venganza, escribió contra aquel tribunal un epigrama, tan escaso de sal y de chiste, como lleno de hiel y ponzoña, y que revela únicamente la irritacion y la ira del autor, y su ineptitud, además, para las composiciones favoritas de Marcial y de Quevedo.

Bien diferentes son los bellos y sencillos versos que dejó escritos el sabio y humilde fray Luis de Leon en las paredes de la Inquisición de Valladolid.

Algo más vale otro epigrama que escribió MARCHENA para ridiculizar la traduccion de la tragedia de Voltaire, *La mort de César*, publicada entónces por el ministro Urquijo (1).

(1) Ambos epigramas pueden verse en las poesías de MARCHENA.

Si MARCHENA no era poeta epigramático, tenía gran disposición para la poesía elevada.

El gobierno del rey José nombró al vate redactor de la *Gaceta de Madrid* y Archivero Mayor del Ministerio del Interior, concediéndole además una pensión para publicar sus traducciones del francés. Las dos que hizo en verso del *Hipócrata* y del *Misántropo*, de Molière, se representaron con aplauso varias veces en los teatros del Príncipe y de la Cruz; y en recompensa fué nombrado *Caballero de la orden española*, instituida por José Napoleon. Moratin solía llamar á esta condecoración *la cruz del Pentágono*, aunque también tuvo la triste gloria de adornar su pecho con ella.

Cuando dicho príncipe se vió precisado á salir de Madrid, amenazado muy de cerca por nuestras armas vencedoras, y retirarse con su ejército al reino de Valencia, MARCHENA siguió la corte del intruso con los Ministros, Consejeros y demas comprometidos por aquella causa. En la ciudad del Cid solía reunirse casi todos los días, con algunos literatos y poetas de su partido, en la librería de don Salvador Faulí, en la que hacia procaz alarde de sus opiniones antireligiosas. Melendez, Quinto, Moratin y otros de sus compañeros impugnaban sin tregua al impio abate, que con sus grandes conocimientos y verbosidad inagotable se defendia vigorosamente contra todos. Podia aplicársele muy bien lo que de Ismael dice la Santa Escritura: *Manus ejus contra omnes, et manus omnium contra eum*.

El mencionado librero, que tenía hijos de corta edad, á quienes deseaba educar cristianamente, escandalizado con las peroratas sacrílegas de MARCHENA, fué á visitar á éste en su propia casa, para suplicarle que se abstuviese de aquellas conversaciones delante de su familia. Mas no fué poco su asombro al encontrar al volteriano disputador muy engolfado en la lectura de la *Guia de pecadores* del venerable fray Luis de Granada. Viendo pintadas MARCHENA en los ojos del timorato Faulí la admiración y la sorpresa, le dijo sonriendo y con la mayor formalidad las siguientes inesperadas palabras:

«No es extraño que usted se espante de verme tan embebecido, estudiando este libro piadoso. Pero va usted á espantarse mucho más de lo que va usted á oír, advirtiéndole que es la pura verdad. ¿Ve usted este volumen, que por lo ajado manifiesta haber sido tan manoseado y leído como los Breviarios viejos, en que rezan diariamente nuestros clérigos? Pues consiste en que hace más de veinte años que lo llevo conmigo, sin que se pase día en que yo deje de leer alguna de sus páginas. Él me acompañó en tiempo del terror en los calabozos de París; él me siguió en las precipitadas marchas con los Girondinos; él vino conmigo á las orillas del Rhin, á las montañas de Suiza, á todas partes. Me sucede con este libro una cosa, que no puedo explicarme á mí mismo. Ni lo puedo leer, ni lo puedo dejar de leer. No lo puedo leer, porque convence mi entendimiento y mueve mi voluntad de tal suerte, que mientras lo estoy leyendo me parece que soy tan cristiano como usted y como las monjas y como los misioneros que van á morir por la fe católica á la China ó al Japon. No lo puedo dejar de leer, porque no conozco en nuestro idioma un libro tan admirable.»

Este hecho tan extraño lo oí en Valencia de boca del mismo Faulí en 1827. Me dijo también que habia llamado mucho la atención de los compañeros de MARCHENA, cuando supieron el caso. Años despues me refirió el mismo suceso el señor don Juan Nicasio Gallego, que lo habia sabido por un amigo del abate, á quien éste se lo habia contado.

Despues de la memorable batalla de Vitoria, en que José Napoleon fué arrojado del territorio español, MARCHENA se retiró á Francia, fijando su residencia, primero en Nîmes, y despues en Montpellier y Burdeos. En 1820 volvió á Madrid, pero ni en el Gobierno ni en los particulares halló simpatías, por haber servido á Murat, que tan tristes recuerdos dejó en la corte y en toda la nación con los horribles sucesos del 2 de Mayo. A principios del siguiente año terminó infelizmente sus días, olvidado de todos y en el mayor abandono y pobreza (1). Sólo despues de su fallecimiento se acordaron de él algunos afrancesados, que hicieron sus funerales con alguna pompa, pronunciando en su elogio varios discursos.

Publicó muchas traducciones del inglés y del francés, y varias obras originales en prosa y verso. Conocia muy á fondo los clásicos griegos y latinos, y se esforzó, con buen éxito no pocas veces, por imitar las admirables bellezas de aquellos modelos de la antigüedad. Quiso latinizar en cierto

(1) Tenemos á la vista un apunte autógrafa de don Bartolomé José Gallardo, que dice así: «Murió DON JOSÉ MARÍA DE JESUS MARCHENA en

Madrid en 1821. Fué enterrado en *Santa Cruz*; digo, allí se celebró su funeral, á que asistí. Le costó Mackron, en cuya casa murió.» (Nota del Colector.)

modo la lengua de Cervantes, introduciendo en ella los más osados giros y el hipérbaton de Ciceron y de Horacio.

Su tragedia, titulada *Polixena*, escrita en vigorosos y magníficos versos, es muy digna de figurar al lado de la *Raquel de Huerta*, de la *Numancia* de Ayala, del *Pelayo* de Quintana y del *Edipo* de Martinez de la Rosa. Sus traducciones de las dos preciosas comedias de Molière *El Avaro* y *La Escuela de las mujeres*, están hechas con maestría. También tradujo del francés la comedia *El Amigo de los hombres* y *El Egoísta*, y finalmente *Los dos Yernos*.

Sus *Reflexiones sobre los emigrados franceses*, que escribió en compañía de Valmalette, se publicaron en París en 1795, y al año siguiente su *Espectador francés*; y en 1797 su *Ensayo de teología*, que fué refutado por el doctor Heckel. Los *Anales de viajes* insertaron su *Descripcion de las Provincias Vascongadas*. Escribió también la biografía de Melendez Valdés, que no pudo imprimir, sorprendido por la muerte.

La obra que tal vez ha dado más á conocer su nombre entre los que cultivan las letras, es la que publicó en Burdeos á principios de 1820, y se titula: *Lecciones de filosofía moral y elocuencia*, que es una coleccion de los mejores trozos de nuestros más distinguidos poetas y prosistas. Precede un largo discurso preliminar, que está escrito con saña verdaderamente volteriana. No eran de esperarse los rasgos de impiedad y de cinismo que hormiguan en aquel opúsculo, cuyo objeto no debió ser otro que recomendar á la juventud las joyas más preciadas de nuestra literatura, que él por otra parte supo escoger y reunir en su libro con mucho acierto. Éste era MARCHENA. Si se levantáran del sepulcro los venerables Juan de Ávila, Leon y Granada, y los piadosos y respetables Mariana, Rioja, Herrera y Solís, y tantos otros ilustres y cristianos varones, cuyos nombres y escritos aparecen allí, precedidos de aquella infame sátira de su religion y de su patria, protestarian á la faz del mundo con toda la energía y sublime elocuencia de que eran capaces contra el audaz y sacrílego libelista, que no se avergonzó de falsificar nuestra historia civil y literaria, para aclimatar en España, aunque inútilmente por fortuna, los funestos errores en que él estaba tan imbuido y obcecado. Nadie diría que es el autor de algunas estrofas de su ya citada *Oda á Cristo Crucificado*.

Si el vate de Utrera hubiera sido sinceramente religioso, y se hubiera dedicado con asiduidad á la poesía sagrada, para la que le adornaban las más bellas dotes, no sólo hubiera dejado en la historia de nuestra literatura un renombre tan esclarecido como envidiable, sino que tal vez la nación española no tendria que envidiar el día de hoy ni á Inglaterra su Milton, ni á la Alemania su Klöpstock, ni á Italia, en fin, su divino cantor de la *Jerusalén libertada* (1).

II.

DEL SEÑOR DON SEBASTIAN MIÑANO,

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA.

DON JOSÉ MARCHENA era un jóven muy pequeñito de estatura, pero de un talento muy grande; que se escapó á Francia huyendo de la Inquisición. Carecemos de noticias individuales de su nacimiento y estudios, pues sólo tuvimos el gusto de verle en su casa en Madrid pocos días ántes de morir, en principios del año 1821. La analogía de sus ideas con las de los Girondinos le hizo participar de su suerte, aunque quiso su fortuna que sobreviviese al tirano Robespierre. Cuando salió de la cárcel de resultas de la reaccion del 9 de Thermidor (27 de Julio de 1794) le dieron una plaza de escribiente en la Comision de Salud Pública, y empezó á trabajar en la redaccion de *El Amigo de las leyes*. Mas como el partido thermidoriano se dividió pronto en dos fracciones, tuvo MARCHENA la desgracia de aficionarse á la que perdió su preponderancia en Agosto de 1795, y al instante le privaron de su empleo y del sueldo que le daban en el periódico. Entónces se dedicó

(1) El Colector no participa de este último juicio, dictado sin duda por el entusiasmo. En su opinion, el ingenio de MARCHENA se halla á mucha distancia

de la fantasía trascendental de Milton, del vuelo místico de Klöpstock y de las brillantes galas del Tasso.

á escribir folletos, principalmente contra Tallien, Legendre y Fréron, los cuales, fastidiados de sus diatribas, le denunciaron como uno de los agitadores de las Secciones de París, que se rebelaron el 5 de Octubre de 1795 contra la Convencion, y de sus resultados fué proscrito MARCHENA. En 1797 tambien le persiguió el Directorio, en virtud de la nueva ley llamada de 21 Floreal, contra los extranjeros, y le llevaron de brigada en brigada hasta las fronteras de Suiza. Allí reclamó los auxilios de Madame de Staël, que le habia conocido en París; pero no quiso recibirle (1). Entonces acudió al Cuerpo Legislativo reclamando los derechos de ciudadano frances, que pretendia haber obtenido, y en efecto se le declaró tal, y pudo volver á Francia. Habia publicado muchos escritos poco piadosos, y cuando le agregaron á la Administracion de Contribuciones para el ejército del Rhin, dió á luz en Basilea, un folleto que dijo ser un fragmento de Petronio, pero que en realidad era todo invencion suya y de las más licenciosas. Volvió á París tan pobre como cuando habia salido, lo cual no dejó de admirar, sobre todo en aquel tiempo, en un Perceptor de contribuciones. Fué por algun tiempo secretario de Moreau, y tomó mucha parte en sus desgracias ocurridas en 1804. Desde entonces permaneció en París ocupándose en la literatura, y particularmente en traducciones, como la que hizo del inglés de la *Ojeada del doctor Clarke sobre los progresos del comercio y poblacion de Inglaterra*; la traduccion del *Tartufe*, de Molière; la del *Emilio*, de Rousseau, etc., etc. No volvió á España hasta que se restableció la Constitucion de Cádiz en 1820, y murió, como ya hemos dicho, poco tiempo despues (2).

ADICION A LAS ANTERIORES NOTICIAS.

Deseoso el Colector de adquirir pormenores auténticos de la vida del abate MARCHENA, escribió con este objeto, há muchos años, al señor don José de Lira, residente en París.

Este caballero pasó en Francia la mayor parte de su vida, y así por su respetable carácter, como por su ilustracion y por la circunstancia de haber vivido muchos años en trato íntimo con don Leandro Fernandez Moratin, el abate Melon, don Manuel Silvela y otras personas que conocieron muy de cerca á MARCHENA, se hallaba más que otro alguno en el caso de suministrar exactas noticias.

La contestacion del señor Lira contiene los rasgos principales del carácter histórico y literario del célebre escritor.

El tono íntimo y familiar en que está escrita, da á la carta un color especial de sinceridad y mayor realce á la fisonomía moral de MARCHENA.

« París, 27 de Octubre de 1859.

» EXCMO. D. SR. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

» Mi apreciadísimo señor y amigo: Deseoso de complacer á usted, he ido á visitar al campo á un amigo mio, en cuya memoria confiaba yo mucho, por haber sido éste compañero del mismo MARCHENA en el Ministerio del Interior, desde la formacion de este Ministerio en el año 8 ó 9, hasta la retirada del año 13.

» Tal vez por la avanzada edad de mi amigo, sus recuerdos son aún más vagos y escasos que los míos, y no me queda más recurso que apelar á lo poco que me dicta mi ya fatigada memoria.

» He conocido á MARCHENA, pero no muy particularmente; sólo le he visto y oido hablar algunas veces en Madrid, en tiempo de José I, al cual sirvió, como queda indicado, esto es, en calidad de Oficial primero del mencionado Ministerio; y no me acuerdo haber leído de él sino algunas cosas sueltas; pero si conservo memoria de lo siguiente: Físicamente era chico, casi contrahecho y feo. Su conversacion era animada y graciosa, aunque mordaz en sumo grado, y habia recibido

(1) La ilustre escritora recibió á MARCHENA, pero en forma poco amistosa. (Nota del Colector.)

(2) Algunas de estas noticias de Miñano constan

en varios Diccionarios Biográficos, entre otros, la *Biographie universelle*, y la *Biographie moderne*; París, 1816.

tales dotes de la naturaleza, que habria dejado obras tan duraderas como nuestra lengua, si su juicio no hubiera estado en razon inversa de su muchísimo talento. Esta misma opinion tenian de él Silvela y Moratin.

» No ascendió en el Ministerio ni fuera de él, acaso por su genio malo y violento, y por su mordacidad, de la cual se cuentan cosas increíbles, así como tambien de sus pasmosas rarezas, entre las cuales se cita la de haber domesticado un jabalí, el cual dormia en su alcoba (1). A principios de la Revolucion francesa vino á París, no sé si forzosa ó voluntariamente, y tuvo relaciones más ó ménos íntimas con muchos personajes célebres de aquella época, inclusa Madame de Staël, pero muy particularmente con el *convencional* Brissot, de quien fué primero amigo y luego secretario, si no me engaña la memoria.

» Cuando en 1793 subió este último al cadalso, se vió nuestro héroe obligado á refugiarse en Suiza, y segun me refirió Moratin (habrá sus treinta y seis ó treinta y ocho años), era cosa de alquilar balcones para oírle contar lo mal que le recibió Madame de Staël en Coppet, en donde creia el pobre proscrito hallar asilo.

» Ha de haber en Madrid un drama suyo (2), tan atestado de galicismos, que era objeto de críticas muy severas de cuantos le habian leído ú oido. Digo oido, porque tengo idea de que ha sido representado. ¡En la actualidad acaso sería un modelo de castizo lenguaje!!!

» De resultados del mal éxito del tal drama, se puso á estudiar la lengua *exclusivamente* en autores antiguos, por manera que en escritos posteriores cayó en el extremo opuesto.

» En su emigracion con José I tradujo para estos editores algunas obras francesas bastante mal; pero no se le puede juzgar por ellas, porque no le valian ni lo necesario para pan, que no tenía, y por consiguiente, le sucedia lo que sucede en tal caso á todo traductor, por más que haya estudiado y comparado las dos lenguas.

» En Madrid han de tener ustedes lo poco que ha escrito en España, y en particular sus traducciones de Molière, en las cuales, segun se repetia en aquel tiempo, pululan los arcaísmos.

» Es cuanto puedo decir acerca de nuestro personaje, republicano en Francia y Josefino en España.

» Sabe usted, señor de Cueto, cuanto le quiere y estima, etc.

» JOSÉ DE LIRA. »

(1) La criada de MARCHENA dejó un día abierta, por descuido, la puerta principal. El jabalí escapó por la escalera, cayó, y se perniquebró. Profundo pesar causó el lance á MARCHENA. Pero se decidió al cabo á matar al jabalí, y á ofrecer su carne á varios amigos en un banquete. A los postres leyó MARCHENA una elegía que habia compuesto en loor del animal querido.

Como extravagancia capital, y como testimonio del loco alarde que de su incredulidad hizo MAR-

CHENA algunas veces en París, merece citarse el siguiente letrero que colocó sobre su puerta: *Aquí se enseña por principios el ateísmo.*

Varias personas nos han referido estos hechos, especialmente el distinguido escritor y bibliógrafo don Serafin Estébanez Calderon, que conocia perfectamente las circunstancias principales de la vida de MARCHENA. (Nota del Colector.)

(2) Tal vez se refiera el señor Lira á la tragedia *Polixena*. (Id.)

POESÍAS.

A CRISTO CRUCIFICADO.

ODA.

Canto el Verbo divino,
No cuando inmenso en piélago de gloria
Mas allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de continuo
Dios le aclaman, y el Padre se embebece
En la perfecta forma no criada;
Ni cuando de victoria
La cien ceñida, el rayo fulminaba,
Y de Luzbel la altiva frente hollaba,
Lanzando al hondo infierno,

Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el padre levantada.
No le canto tremendo,
En nube envuelto horrisono-tonante,
Severas leyes á Israel dictando,
Del Faraon el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando,
Que en los abismos de la mar se hundieron;
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Qual humo que disipa el rauda viento,
No fueron: la mar vino
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amon y Canaan se estremecieron,